

CONFERENCIA DICTADA POR EL DOCTOR ANTONIO JOSE RIVADENEIRA VARGAS, PRESIDENTE DE LA FEDERACION INTERNACIONAL DE SOCIEDADES BOLIVARIANAS, EL DIA 7 DE AGOSTO EN EL PUENTE DE BOYACA.

SIGNIFICADO Y TRASCENDENCIA DEL TRIUNFO DE BOYACA

En nombre de la muy ilustre Academia Boyacense de Historia y dentro del usual rito patriótico, debo relieves el significado y la trascendencia del triunfo de Boyacá.

Qué honor y qué insigne privilegio para un modesto hijo de Boyacá encomiar la gloria del Héroe Epónimo en medio de este paisaje agreste y a orillas del Teatinos, convertido a partir de la memorable tarde del 7 de agosto de 1819, en río de la libertad.

Porque aquí el arrojo y la intrepidez de las desarrapadas huestes libertarias trazaron un lindero cristalino que separó para siempre la libertad del despotismo, la dignidad del oprobio, el derecho de la injusticia.

No aciertan quienes prejuzgan sobre el alcance y significado del triunfo de Boyacá, como tampoco quienes afirman que la refriega no alcanzó siquiera al contorno de batalla, como si las grandes victorias militares se midieran por el número de muertos y no por la profundidad de sus consecuencias.

Quizá como batalla campal, como simple acción de armas, Boyacá no tenga los atributos de Carabobo o de Junín, pero en trascendencia supera todas las jornadas de la libertad, porque en este campo nació el Derecho Público Americano y de la victoria que aquí se alcanzó derivó Simón Bolívar el título político y jurídico que le permitió sentarse de igual a igual en el pa-

lenque diplomático con el representante del Rey de España, don Pablo Morillo, a negociar y suscribir los Tratados de Armisticio y de regularización de la guerra, firmados en Trujillo de Venezuela en noviembre de 1820, que son los primeros convenios internacionales que se suscriben en suelo americano. Y de aquí también deriva el Libertador el poder jurídico que se va a plasmar en canon constitucional en las Cartas de Angostura y de Cúcuta.

Si Marte hubiera negado a los patriotas la victoria en este campo, la Gran Colombia no habría existido como nación, Perú y Bolivia no habrían adquirido soberanía, ni la América se habría mostrado al mundo con tanta majestad y grandeza. En cambio, el despotismo peninsular se habría mantenido por otros lustros y la dominación del coloso del norte quizá habría sido sobre nosotros más onerosa y repulsiva.

De manera que por este profundo y glorioso cauce corren aguas de distintos ventisqueros históricos, todas ellas provenientes de fuentes genitoras de destino. Aquí el juramento de Roma de 1805, el reto de San Jacinto de 1812 y la Proclama de la Guerra a Muerte de 1813 se conjugan en la misma corriente para dar testimonio de una misma identidad de causa de una misma identidad de propósito y de una misma identidad de sangre. Aquí vierten también su caudal político la egregia Proclama de Pamplona de 1814, que nos hizo hermanos en América, los quiméricos sueños de Jamaica y los dictados inmutables de Angostura, que nos otorgan a la vez dignidad de patria, dignidad de conducta y dignidad de estirpe. Y aquí también desembocan las dos vertientes del Derecho Americano, por cuanto el Libertador estructura al mismo tiempo el Derecho Público interno como estrategia de la libertad y el derecho público externo como estrategia de la paz, que luego funde en esa fantástica cosmovisión que desde Jamaica califica y define como el equilibrio del universo.

La victoria en este sitio excelso transfiguró al Genio de la Guerra en el Gran Arquitecto de la Paz y por eso desde entonces en Boyacá la gloria y el paisaje se identifican con Bolívar y en la mágica conjunción entre lo épico y lo bucólico, el Héroe y la gleba amorosamente se confunden. Por ello no exagero cuando afirmo que Boyacá es a la vez paisaje, patria y poesía.

Aquí pues y por obra del triunfo de las armas se concretan todas las utopías jurídicas de aquél egregio soñador. Cuando Bolívar traspasó el puente glorioso, en aquella memorable tarde, rasgó el velo de la inmortalidad y pudo ver un iris de banderas a sus pies, sin par trofeo para el conductor empeñado en libertar no en subyugar, que a partir de entonces va sembrando repúblicas por doquier, para que los ciudadanos edifiquen un santuario a la ley y los gobernantes garanticen las libertades públicas.

No en vano se afirma que en el orden de la gloria Boyacá es la patria natal del Libertador, pues de este campo derivó gloria y poder para proseguir en su empresa redentora de romper cadenas y fabricar repúblicas, de trocar el opresivo régimen colonial en un orden jurídico estable y eficiente en donde el talento y la virtud sentarán sus reales.

Con cuanto acierto afirmó que "el talento sin probidad es un azote y que moral y luces son los polos de una república".

A dos siglos de su nacimiento en Caracas y a más de siglo y medio de su prematura desaparición, los pueblos de América y el mundo que aún padecen dominación, despotismo e injusticia tejen con su ideario un haz de esperanzas y tornan a rescatarlo del pasado y de proyectarlo en el futuro para que culmine su faena reivindicadora, pues como dijo Martí "lo que Bolívar no hizo se quedó sin hacer y Bolívar todavía tiene qué hacer en América".

En el mundo contemporáneo Bolívar emerge como el auténtico caudillo e ideólogo del siglo XXI. En el orden interno opera como el gran transformador de las estructuras y de las costumbres que pone el aparato del Estado al servicio de los desposeídos para asegurar así la justicia social; y estructura un orden que garantice simultáneamente la independencia política y la libertad civil sin mengua de la igualdad y previene contra los defensores de las tradiciones bajo las cuales se amparan los privilegios, como también contra quienes quieren destruir todo lo existente para instaurar un orden nuevo, pues recela que éste ampara otros intereses que no sean los genuinos de la República.

En el campo de las ideas Bolívar nos da un aporte excepcional con su original concepción de la identidad americana, cuando en la Carta de Jamaica nos define como "un pequeño género humano", una especie intermedia entre Europa, Africa y América dándole así todo su valor al mestizaje y a partir de esta identidad procura que los pueblos recuperen su memoria histórica, para que no sea objeto o instrumento de opresión, sino cuna fecunda de libertad y autodeterminación.

Desde este ángulo conceptual la Proclama de la Guerra a Muerte debe considerarse como un acto definitorio de nacionalidad, pues se trata de identificar a los americanos como un pueblo nuevo que debe disputar por la fuerza su libertad al opresor y trazarse su propio camino de reivindicación y progreso. Lega así también Bolívar un gran elemento de integración social: la autenticidad, único mecanismo serio para recuperar las libertades y ponerlas al servicio de la autodeterminación.

En el campo exterior Bolívar es el gran adalid de la unión en la libertad. De la premisa que durante 300 años habíamos estado integrados bajo la dependencia como parte del imperio español, deduce el criterio de que el primer gran acto de autodeterminación debía ser el Pacto Confederal para llenar el vacío de poder dejado por España al fenecer su dominio imperial y ponernos así a cubierto de las acechanzas de nuevas dominaciones.

Sin embargo, el nacionalismo exaltado y el caudillismo frustraron este nobilísimo empeño y por ello hoy en dependencia, subdesarrollo, explotación y miseria estamos pagando el precio de semejante estulticia.

Estas conmemoraciones del nacimiento y de la muerte del Libertador han sido oportunidad propicia para recordar sus hazañas de andante caballero de la libertad y para exaltar la vivencia de su pensamiento de paz y confraternidad universales, que por la egregia concepción de sus principios bien podemos calificar de humanismo bolivariano, ya que todo confluye a rescatar la dignidad de la persona humana en una dimensión de justicia social y a procurar que los hombres solidariamente trabajen por el ideal común de una humanidad mejor.

Por eso frente a las formas de dependencia enarbolamos las banderas de la unidad bolivariana; al monroísmo, enfrentamos el bolivarismo y para sustituir la decadente y opresiva versión de integración Panamericana, ofrecemos un nacionalismo latinoamericano, inspirado sustancialmente en el Humanismo Bolivariano.

No cejaremos de insistir en nombre de Bolívar en la unidad dentro de la diversidad, respetando la identidad de cada uno de los componentes, para garantizar la soberanía e independencia de la América Latina y el Caribe, asegurar la justicia e igualdad entre los hombres y entre las naciones, contribuir a la paz y el entendimiento entre los pueblos, en orden a extirpar el colonialismo y la prepotencia y a través del equilibrio del universo lograr la armonía universal en función de una humanidad mejor.

No es extraño por tanto que en Europa y en América se hayan rendido significativos homenajes al Libertador, entre los cuales el mejor ha sido enarbolar su obra y su pensamiento como bandera de lucha contra toda clase de dominaciones y despotismos.

En efecto, Bolívar es bandera para defender los principios de libre autodeterminación, no intervención, gobierno popular representativo, solución pacífica de conflictos e integración en la libertad.

El nombre de Bolívar constituye por sí solo protesta permanente contra la ignorancia, la miseria, la enfermedad, la marginalidad, la dependencia, el colonialismo, la injusticia social, el cercenamiento territorial, la negación de las libertades públicas.

El pensamiento de Bolívar constituye el mejor sustentáculo de los principios de identidad, libertad, justicia, orden, igualdad, unidad y confraternidad entre pueblos e individuos.

El principio del poder moral proclamado por Bolívar es idóneo instrumento de defensa de los derechos de toda persona humana como tal y de repudio contra toda forma de degradación de la vida civil, política y administrativa. La doctrina de Bolívar implica protesta contra la violación de los derechos humanos, la malversación de fondos, el tráfico de influencias y

cuantas prácticas deshonestas en el ejercicio de funciones públicas o privadas deterioren las costumbres cívicas y envilesquen el carácter colectivo.

El ideario bolivariano es básico elemento de defensa de la identidad cultural de los pueblos y de sus recursos naturales. Es a la vez estímulo para la dignificación del carácter moral de los ciudadanos y medio para estrechar los vínculos de hermandad entre los pueblos de América Latina y el Caribe, llamados a jugar un papel trascendental frente a los centros de poder en las jornadas que se avecinan, particularmente cuando se trate de diseñar el nuevo orden económico internacional.

En este glorioso campo y ante esta sagrada efigie reitero la esperanza de que la América morena, no europea o rubia, la América de Martí y Bolívar, recupere su identidad, su autenticidad y su hermandad para que garantice la paz y la solidaridad entre los pueblos y les otorgue poder decisorio en el concierto internacional.

Perseveremos en la integración en la libertad, moderna versión de la unidad bolivariana y a través del Humanismo Bolivariano adquiramos la fe y fortaleza necesarias para emanciparnos de todas las dominaciones.

Recordemos que aquí Santander, Anzoátegui, Soublette, Córdoba, Silva, Cruz Carrillo y tantos otros Oficiales granadinos y venezolanos bajo el Comando de Bolívar y con el pueblo como protagonista principal, abatieron la fiereza del león hispano y escribieron en la Historia de América página memorable de arrojo, heroísmo y de suprema y conjunta voluntad de ser total y definitivamente libres.

Sigamos el ejemplo de quienes en este campo lucharon y murieron por una causa justa y sólo calcularon el beneficio humano que ella reportaba. Imitemos esa hermosa lección de patriotismo y con sentido de futuro sentemos como hermanos la base efectiva de nuestra emancipación total. Todo conduce a tan feliz resultado. Ofrecemos una doctrina que ennoblece la lucha y tenemos un conductor sin par en la historia. Es don Quijote Bolívar, quien después de haber escalado todas las alturas del poder y la fama, muere con dignidad en Santa Marta, repudiado y triste, pobre y sin camisa, pero de frente a la inmortalidad y a la gloria.